

# RESEÑA DE LIBRO

**Ricardo Espejo R.**

*Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico*

Joseph Ratzinger – Benedicto XVI, *Jesús de Nazareth. Desde el bautismo a la Transfiguración.*

Para muchos católicos, la elección del papa Benedicto XVI constituye una cierta incógnita, se trata de un pontífice con una imagen poco llamativa. Si a lo anterior se suma el hecho de estar sucediendo a uno de los papas más mediáticos de la historia y al hecho de ser muy tímido en sus apariciones públicas, es posible comenzar a encontrar razones a esto.

Su elección como Sumo Pontífice católico respondió a una antigua costumbre; tras un papa de largo pontificado, se elige uno anciano, en la previsible expectativa de que sea de poca duración y de poco cambio en la línea teológica de su antecesor.

La aproximación pretendida por el presente artículo se basa en la lectura de su último libro: *Jesús de Nazareth. Desde el bautismo a la Transfiguración.*

Lo primero que salta a la vista es el nombre personal del Papa, cosa poco usual y cuya explicación se encuentra en el prólogo, que dice: **«Sin duda no necesito decir [...] que este libro no es en modo alguno un acto magisterial, sino únicamente [...] mi búsqueda personal <del rostro del Señor> (cf. Sal 27,8). Por eso, cualquiera es libre de contradecirme [...].»** Se trata de una muestra de su visión de la fe, que requiere una aclaración.

Dentro de la teología católica, está claramente definido el Carisma de la Infalibilidad del Papa cuando habla como pastor de toda la Iglesia sobre temas de fe y costumbres (técnicamente «*ex cathedra*»), son los **dogmas de fe**, cosa que se presenta muy de tarde en tarde. A esto se le llama **Magisterio Extraordinario**.

Por otro lado, está el **Magisterio Ordinario** del Papa que, sin pretender la infalibilidad, representa una orientación de valor muy grande para todo católico. Por supuesto que este magisterio ordinario solo involucra cuestiones religiosas o morales.

Siendo el tema en cuestión «Jesús de Nazareth», era esperable que se pretendiera tratarlo como magisterio ordinario, como sucede con todo tipo de documentos, llámense encíclicas, cartas pastorales o simples discursos; no obstante, la aclaración del autor, Joseph Ratzinger, no deja margen de duda.

Esto me lleva a recordar algo de la persona, en la que se notaba dos momentos; en primer lugar su etapa de teólogo, innovador, audaz y profundo; pasando después a su etapa de Prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, en la que se hizo conservador, llegando a censurar ideas que él mismo había defendido como teólogo. Quiero pensar que la aclaración del prólogo de este libro es un indicador de la vuelta a su pensamiento teológico primigenio, en su búsqueda de la verdad, aun a riesgo de no ser del todo exacto.

La pregunta del autor es qué pasó desde la muerte y resurrección de Jesús hasta la Carta a los Filipenses (unos veinte años), para que la primitiva comunidad cristiana, un grupo casi marginal, hubiera podido crecer en la fe; desde las primeras predicaciones, que se reducían a anunciar la resurrección de Jesús, así como su condición de **Señor y Cristo**, hasta llegar al himno de la mencionada carta (Fil. 2, 6-11), que constituye una cristología totalmente desarrollada.

Esta pregunta pasa desapercibida para nosotros, para quienes conceptos como que Jesús es Dios, que se hizo hombre y que se entregó por nosotros, resultan fáciles de escuchar, porque forman parte de nuestra cultura. Esto no sucedía con la primitiva comunidad cristiana, para la cual se trataba de ideas nuevas, imposibles de haber sido el solo producto de una mente inventiva, más aún si consideramos que este himno es enunciado por Pablo como algo ya conocido y aceptado. En palabras de Benedicto XVI: **«Solo si ocurrió algo realmente extraordinario, si la figura y las palabras de Jesús superaban radicalmente todas las esperanzas y expectativas de la época, se explica su crucifixión y su eficacia»**. Para la mayoría de cristianos, esta cuestión ni se plantea. Basta el hecho de que la Iglesia de Cristo creyó desde **el principio** en la divinidad de Jesús, sin cuestionar si ese «principio» fue el año 33 o la segunda mitad del siglo I.

Se trata, pues, de buscar en el Jesús real (sin hacer distinción entre el <Jesús histórico> y el <Cristo de la fe>), la lectura que hizo de Él esa comunidad, y que sería la que le permitió

hacer el viaje desde la aceptación del resucitado hasta la profundidad que representaba su misterio entre los hombres.

Para iniciar el capítulo II, titulado «Las tentaciones de Jesús», es de mencionar la presentación que hace de la naturaleza de «la tentación»: **«[...] apartar a Dios que, ante todo lo que parece ser más urgente en nuestra vida, pasa a ser algo secundario, o incluso superfluo [...] Poner orden en nuestro mundo por nosotros solos, sin Dios [...]». «Es propio de la tentación adoptar una apariencia moral: no nos invita a hacer directamente el mal [...] Finge mostrarnos lo mejor [...]».** Se trata de la oferta de la serpiente, «seréis como dioses», a esto se reduce la realidad de la tentación.

Es notable la visión que muestra, superando todas esas imágenes infantiles con las que se transmite a los cristianos la realidad del pecado. Asimismo, la valentía con que interpela a la misma Iglesia haciéndole extensiva la tentación de la salvación terrena «del pan para el mundo»: **«<Si eres Hijo de Dios...>: ¡qué desafío! ¿No se deberá decir lo mismo a la Iglesia? Si quieres ser la Iglesia de Dios, preocúpate del pan para el mundo [...] Resulta difícil responder a este reto, precisamente porque el grito de los hambrientos nos interpela [...]».** Si se trata de la Iglesia de Cristo, deberá reaccionar como Cristo y no como una ONG, ocuparse de las necesidades materiales de los hombres, pero situándolas en el debido contexto: **«Cuando a Dios se le da una importancia secundaria, [...] en nombre de asuntos más importantes, entonces fracasan [...] estas cosas [...] más importantes [...] Creían poder transformar la piedras en pan, pero han dado piedras en vez de pan».** El pan sin «espíritu» sostiene al cuerpo, pero no alimenta, es un regreso al «pan y circo» de los césares. Esa es la tentación que debe superar todo cristiano.

En el análisis sobre las tentaciones de Jesús, no queda exenta de crítica cierta jerarquía de la Iglesia, así como teólogos que, abrigados en «su conocimiento» de la escritura y de la fe, terminan deformando el rostro de Dios y presentando solamente **«su»** versión, acomodada a sus intereses.

Al tratar la segunda tentación, en la que el diablo cita con precisión la Escritura, parece estarse presenciando un debate entre expertos, como si de allí fuera a surgir la verdad de Dios. Se cita a Vladimir Soloviev en su «Breve relato del Anticristo»: **«el Anticristo recibe el doctorado 'honoris causa' en teología por la Universidad de Tubinga; es un gran experto en la Biblia».** Una lectura de la Biblia, por muy científica que sea, sin la actitud de escucha fiel no solo aleja de Dios sino que lo reemplaza por «uno mismo».

La tercera tentación **«resulta ser la tentación fundamental [...], sobre qué debe hacer un salvador del mundo»**, ¿construir un reino terreno, o algo más? Se vuelve a citar a Soloviev cuando **«atribuye un libro al Anticristo, 'el camino abierto para la paz y el bienestar del mundo', que se convierte, por así decirlo, en la nueva Biblia y que tiene como contenido esencial la adoración del bienestar y de la planificación racional»**. Se trata de una tentación claramente relacionada con las anteriores, ¿de qué salvación se trata? si no trae pan. ¿Qué Reino de Dios anuncia?, si nada parece haber cambiado.

En su visión sobre «El Evangelio del Reino de Dios», el Papa comienza especificando algo de gran importancia, el significado que la palabra **«evangelio»** tenía en la época. Se trataba de un término de uso de los emperadores romanos, que llamaban a sus edictos o proclamas <evangelios>, y se suponía que no eran meras informaciones, sino elementos eficaces (de poder divino), capaces de producir, por sí mismos, efectos en la realidad «física», siempre hacia el bien.

Con esto en mente, el Papa, aborda el contenido central del evangelio: **«El Reino de Dios está cerca»**, ¿qué significa ese «Reino de Dios»? y se comienza desde la frase de Albert Loisy: **«<Jesús anunció el Reino de Dios y ha venido la Iglesia>. Son palabras que dejan transparentar ciertamente ironía, pero también tristeza: en lugar del tan esperado Reino de Dios, del mundo transformado por Dios mismo, ha llegado algo que es completamente diferente –¡y qué miseria!–: la Iglesia»**.

Tal vez el mayor aporte a nuestra aproximación al Sumo Pontífice proceda de esto; la lectura del evangelio debe llevar a cada cristiano a preguntarse qué me dice Dios a mí, sin intermediaciones, por muy autorizadas que estas sean. Tratar de entender el sentido de Dios. Con audacia hace afirmaciones como que: **«La interpretación de la Escritura no puede ser un asunto meramente académico [...] Cada paso de la escritura lleva en sí un potencial de futuro [...]»**.

Al «leer» todo el evento del Sermón del Monte (Mt. 5) en «diálogo» con el erudito rabino Jacob Neusner en su libro ***A Rabi Talks with Jesus*** (Un rabino habla con Jesús), se establece la novedad del evangelio, que no se trata de un simple enunciado de buenas intenciones o, peor aún, la declaración de una humildad de esclavos, impedidos de la felicidad «mundana», como lo interpreta Nietzsche, cuando concluye que el cristianismo es una religión de resentimiento, envidia y cobardía que exalta el fracaso e injuria a los fuertes y exitosos. Este aporte está en el título **«La Torá del Mesías: se ha dicho – pero yo os digo»**.

En el libro de Neusner, este ilustre rabino se presenta a sí mismo, confundido entre los oyentes de Jesús, dialogando con los discípulos y con el mismo Jesús, para llegar a una conclusión sobre por qué él no acepta el mensaje de Jesús sino que conserva la Torá de Dios y el «Israel Eterno».

A través del agudo análisis teológico de Neusner, el Papa concluye en lo mismo que el rabino: Jesús se pone en el lugar de la Torá, reemplaza al mismísimo Templo de Dios, pretendiendo dar una lectura nueva a asuntos de la misma naturaleza humana: **«¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?»**. La conclusión del rabino es simple: **<[...] Ahora me doy cuenta que lo que Jesús me exige solo me lo puede pedir Dios>**. Solo Dios mismo puede pretender lo que pretende el cristianismo. Esta es la clave para leer el evangelio y para entender a su autor; sin ella, las conclusiones serán engañosas.

En resumen, se trata de un papa teólogo, no mediático; valiente, no actoral; sincero, no «diplomático»<sup>1</sup>. La pregunta que todo católico se debe hacer es: ¿qué Papa necesita su Iglesia?, ¿uno que sea simpático...?

---

1. Esto ya lo mostró con su muy poco prudente cita de Miguel Paleólogo sobre el Islam.